

CAPITULO DE INTRODUCCIÓN

CUESTIONES DE SOBERANÍA

Más allá de las fronteras, más allá de lo visible, más allá de lo que un mortal pudiera imaginar, acontece la sucesión al trono supremo del dios y Emperador Phallkronrodd. Este es el último dios miembro, que formará parte del Consejo Supremo de los dioses. Phallkronrodd ha sido llamado al Consejo y tiene que delegar su trono a uno de sus dos hijos mellizos: Splenrodd y Zollkron. Tras una meditada decisión, salomónicamente concede el título y poderes de Emperador a Splenrodd y de dios supremo a su hijo favorito Zollkron. Tras la concesión se despide de ambos y se marcha. Unos instantes después, Zollkron felicita a su hermano por el título de Emperador pero este interrumpe sus felicitaciones diciendo sarcásticamente:

- Oh mi dios, no merezco tal honor, más debes ser tu el felicitado por tan precioso galardón...

- Por todos los dioses no te enfades conmigo. Yo no lo elegí -dijo Zollkron disculpándose.

- Ah, bueno, no lo elegiste, qué consuelo. El preferido de nuestro padre no quería realmente ser dios de Arkadhia por la eternidad ¿verdad?

- Bueno yo...

- No hay más que hablar. Todo está dicho. Tomemos posesión de lo que nos pertenece y punto -dijo Splenrodd con dureza interrumpiendo de nuevo a Zollkron su hermano.

- Es odioso decir esto pero...

- Pero qué...

- Gobierna bien a esa gente, no me obligues a intervenir. Recuerda que soy el Dueño y Señor de todos los arkadhianos y eso te incluye también a ti, hermano.

- Hazme un favor... -dijo con una suavidad dulce a la vez que misteriosa.

- Bueno, tú dirás...

- ¡A partir de hoy no me llames más hermano! ¡Adiós! -Splerrodd avivó su voz fuertemente y procedió a marcharse.

- ¡Splerrodd! -gritó en llamada desesperada cuando éste ya le dio la espalda y enormemente enojado, al fin, se marchó.

Después de esto, los dos hermanos no se volvieron a ver más. Pasaron mil años y el pueblo clamaba y gemía al nuevo dios Zollkron por ayuda. Splerrodd trataba al pueblo con brazo de hierro y el mal se apropió de toda la Región. Splerrodd empezó a expropiar las tierras cultivables de maíz y trigo, además de toda suerte de otros cereales y hortalizas, que pertenecían a los nobles señores, cuyos ancestros lucharon dando su sangre por la gloria y esplendor que ahora es hoy el imperio de Arkadhia. Estos nobles trataban con bondad a los aldeanos los cuales trabajaban en sus campos, e incluso en sus castillos, a cambio de dinero y comida para subsistir. Pero Splerrodd quemó los campos, destruyó los castillos, y, en su lugar, se erigió templos, verdaderos altares de sacrificios horribles de animales e incluso de hombres, mujeres, y niños condenados injustamente a morir. Los campos se convirtieron así en verdadera maquinaria de tortura, terror, desolación y miedo. Tal era así, que hasta el hedor de los muertos se apreciaba en toda la Región, desde las Montañas Nevadas al norte, hasta las mismas costas del sur. La gente pasaba hambre, era salvajemente masacrada y mutilada, los impuestos eran elevadísimos, y la justicia era la Muerte. Pero un hombre noble procedente de los mortales, Lord Sirvéin Lothar, se armó de valor y encabezó la causa rebelde. Splerrodd decidió aplastar la rebelión concentrando su malvado ejército en las aldeas del norte. Hasta que los rebeldes reunieron una gran fuerza y decidieron entrar en guerra directa. Todas las esperanzas cayeron de golpe en la cruel batalla de Tartarel en donde fueron derrotados, frente a las minas de cristal crisol-plateado de la cual procedía Safardur, la Espada de la Salvación, la espada de Sirvéin. Sólo fue Sirvéin, quien por la ayuda de Zollkron y Kator Zurabar, su amigo, pudo escapar de la aniquilación en ese nefasto día. Tras llegar a las profundidades oscuras de las minas, Sirvéin clavó su espada en el suelo y formuló un conjuro: “Shákarat-Ardur, Safardur, Heriter-Libertum-Et-Bour” que viene a ser: “Sacaré la espada, la espada de la Salvación, el heredero de la Libertad y el Bien”. De pronto, la tierra tembló y la hoja de la espada empezó a hundirse y cuando al fin paró, se leía en el mango, en runas arkadhianas, el conjuro antes formulado. Así que de este modo Sirvéin aseguró que su espada no cayera en manos equivocadas, tras lo cual, Zollkron se le apareció.

- Valeroso hombre de Arkadhia ¡Levántate! Porque la victoria está más cerca.

- Debo haber entendido mal mi Señor, pero acabamos de perder la guerra y toda esperanza con ella -dijo triste Sirvéin.

- Alégrate pues, regocija tu corazón, porque tú y tus hijos llegareis a ser reyes sobre la mitad de mi Región, y vuestra dinastía será forjada con un material aún más duro que mi cristal tallado, porque voy a traer juicio sobre mi propio hermano y verdaderamente lo expulsaré de las tierras de los nobles que lucharon con mi padre Phallkronrodd.

- No, no me lo puedo creer señor... -dijo Sirvéin titubeando.

- Entonces ve y cree.

Así que Zollkron bajó con gran cólera sobre su hermano y su malvado imperio, y luchó contra él hasta derrotarlo en Arkantur, La Ciudad del Sur, antigua capital del imperio arkadhiano y ahora un abismo sin fin al que nadie se atreve a acercar. Tal es la intensidad de los combates entre dos dioses, que ésta es capaz de socavar la mismísima tierra. Tras ello, Zollkron dividió Arkadhia en dos lados: el de la luz y el de la oscuridad. Desterrado al lado de la oscuridad, Splenrodd junto con ladrones, brujos y asesinos de toda la Región como sus súbditos, planeaban el momento de la venganza sobre Zollkron y Phallkronrodd su propio padre. Mientras tanto en el lado de la luz, Zollkron, proclama la dinastía de los Lothars, los cuales gobernarían como reyes el lado de la luz.

La región de la luz era rica y alegre, la luz de las siete piedras de cristal tallado iluminaba un cielo azul y dorado, acompañando al Sol cuando este se alzaba sobre el cielo de día, o a la luna de noche. De modo que este lado siempre estaba iluminado por los siete cristales que el mismo Zollkron talló, dando a su vez una muestra inigualable de su inmenso poder divino. Éste fenómeno llegó a ser único en este misterioso mundo, cuyo nombre es Miryal. Compuesto a su vez por veinticuatro Dhias, o Regiones, en cuya Dhia central se halla el Sakor-Montar, o Monte Sagrado donde descansa la Sede del Gran Consejo. Los miryalenses -como se les conoce a la gente de este mundo- son por lo general gente pacífica excepto por el conflicto de Arkadhia con Trikardhia, su Región vecina, y el autoritarismo de la Liga del Norte, temible y muy poderosa, formada por tres Regiones: Aluin-dhia, Región del norte, Mégalon y Ballatón.

Unos días después, Phallkronrodd visitaba personalmente a su hijo

Zollkron:

- ¡Oh Padre, qué sorpresa! ¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí?
- Tengo malas noticias.
- Parece serio ¿qué sucede?
- Has de comparecer ante el Gran Consejo inmediatamente.
- Pero ¿porque? ¿Qué es lo que he hecho?
- Tu hermano ha presentado una acusación formal contra ti.
- Ya entiendo. Bien vayámonos.

Ambos dejaron el lugar sagrado de Arkadhia, llamado desde la Creación de las Dhias, o Regiones, Arkaons-kadar, cuyo nombre significa: “Lugar de los cielos del Sur”. Viajaron cientos de kilómetros. Phallkronrodd mantenía su semblante serio a la vez que solemne e inmutable; mientras tanto, Zollkron le miraba de vez en cuando con gesto de preocupación; pero conforme se acercaban al Sakor-Montar, su rostro se volvía serio y su mirada, fijada en el glorioso monte, transmitía convicción a la vez que seguridad y temor reverente. Una vez en el consejo, y tras tomar Phallkronrodd su dorado asiento, uno de los dioses pasó a decir:

- Tu hermano, aquí presente, nos ha dicho que dividiste tu Región en dos y le desposeíste de su título de Emperador, sustituyéndole por una dinastía compuesta por mortales ¿es eso cierto?

- Sí, es cierto -contestó Zollkron.

- ¿No es también cierto que tú lo desterraste sin la orden explícita del Consejo?

- Él mora en mi Región eso no es destierro.

- ¿¡Y el desappropriamiento!? -gritó Splenrodd-. ¡Sí, se ha atrevido a cambiar el legítimo gobierno de un dios, por el gobierno de un simple hombre mortal! -un murmullo empezó a recorrer toda la gran sala, pero Zollkron no se amedrentó por ello.

- Dioses del Consejo, le desposeí porque sus leyes eran tiránicas y

opresivas, la maldad llenaba toda la Región. Soy un dios de bien y justicia, según mi ley así actué.

- De acuerdo -dijo Xeradar, dios representante y juez del Gran Consejo-. Tienes la razón en el desapropiamiento y, también, en el destierro, al no considerarse este como tal; sin embargo, según el Sagrado Testamento de los dioses, el cual escribió el mismo Kalom Mirayal, uno de los tres dioses mayores y padre de Miryal, nadie, ni siquiera nosotros, los dioses menores, puede alterar el Orden Mundial que él fijó. Por tanto, Arkadhia debe de volver a ser una y la barrera no puede continuar.

- Pero, ¡Habrá una gran guerra y morirá mucha gente inocente! ¡Padre haz algo!

- Papá, papá y papá. Ya eres mayorcito para estas cosas ¿no crees? Recuerda que eres todo un dios -decía sarcásticamente Splenrodd.

- Hijo mío, sería mi voto contra los veintitrés restantes del Consejo, no puedo hacer nada. Además, el Orden Mundial es tan importante que está incluso por encima de nuestras propias vidas y de nuestra propia existencia.

- ¡Al menos decidme que podré intervenir! -suplicó Zollkron.

- Los dioses no pueden intervenir en este tipo de litigios, al ser este una guerra de gobiernos, o una guerra civil. Los mortales han de dirimir entre ellos que gobierno quieren: si el de los Lothars o el de tu hermano.

- Según el Código de la Ley Suprema, tengo derecho a 7000 años antes de revocar una decisión judicial y derecho a escoger a un ungido que medie por mis intereses en una guerra ya sea civil, de sucesión, o entre Regiones, independientemente de que un dios pueda intervenir o no.

- Te recuerdo que ese ungido ha de ser un mortal del mundo paralelo, que ha de venir por voluntad propia, y en pleno sentido facultativo de lo que va a emprender -dijo Eizequiel-Kalim uno de los dioses más influyentes del Consejo, pues era el líder de la Liga del Norte, y estaba justamente allí sentado sobre su dorado trono al igual que Xeradar, Phallkronrodd y los demás dioses del Gran Consejo.

- Entonces apelo a esa ley -aseveró Zollkron con firmeza.

- El Gran Consejo ha decidido por unanimidad -dijo Xeradar-, que después de 7000 años desaparezca tu barrera ipso facto. Sobre tu ungido,

debe cumplir los requisitos de la ley de manera absoluta.

- ¡Yo también apelo a esa ley! -gritó Splenrodd.

- Está bien. Puedes escoger a otro ungido de ese mismo mundo. Pero, atente a la ley. Queda decretado, como de todos los presentes es sabido, bajo divino secreto este juicio. Quien ose a revelar a héroes o mortales, que no sea su propio ungido escogido, total o parcialmente, el contenido de este juicio, quedará expuesto a la pérdida de todos sus derechos, y, por tanto, a la pérdida del litigio, en este caso la guerra. Podéis retiraros, la sesión ha terminado.

- Adiós padre -dijo Zollkron cariñosamente.

- ¡Qué bonito! -dijo Splenrodd con ironía.

- Y tú hijo mío no te despides de tu padre -dijo Phallkronrodd.

- Lo siento padre, pero tengo cosas más importantes que hacer.

- Hijo mío... -suspiró Phallkronrodd mientras su hijo le daba la espalda y se marchaba.

Con esto, Splenrodd se fue rebotante de odio y maldad pero con el sabor dulce de una victoria judicial a su favor. Ahora solo ha de esperar 7000 años para su momento. Mientras tanto, Zollkron se debate en sí mismo con gran angustia interior, pues no puede revelar ni a los Lothars ni al pueblo la decisión del Gran Consejo, y si lo hiciera podría arriesgarse a perder el litigio de forma directa, y no tener más remedio que reconocer el gobierno de Splenrodd por toda la eternidad. Sin embargo, si no dice nada, cuando llegue el momento, el pueblo no estará lo suficientemente preparado y caerá fácilmente al filo de las espadas de los marginados. La solución, según Zollkron, es escoger no sólo a alguien que reúna los requisitos de la ley sino que sea valiente y también capaz de llevar a un pueblo no preparado a la victoria.

Han pasado seis mil novecientos noventa y nueve años, reina Kursadoff VI Lothar. Ignorante de lo que ha de ocurrir prontamente, sigue gobernando al pueblo con bondad y justicia. Su hijo Heisen Lothar, el príncipe heredero, entrenado en las artes de la guerra por su propia petición, se ha convertido en todo un caballero. Un hombre de unos veintiocho años de edad, fuerte y apuesto, bastante alto, de ojos azules oscuros y de cabello moreno, el cual le llegaba alisadamente hasta los hombros.

El tiempo transcurre incesante hacia el séptimo milenio. Es día 31 de Diciembre, los habitantes del lado de la luz hacen los preparativos para recibir el nuevo milenio, y celebrar el septuagésimo centenario del fin de la tiranía imperial de Splenrodd y el principio de la paz y la prosperidad para el pueblo fiel, al lado de la barrera luminosa, símbolo de la paz y seguridad.

Unas cuantas horas después, un gran grupo de gente se congrega junto a la barrera. Dan las once y media de la noche, y un hecho, que se repite cada cierto año, vuelve a surgir más allá de la barrera. A través de su textura transparente y verdosa barrera se puede ver a lo lejos, en la densa oscuridad, miles y miles de antorchas y carros de guerra. Los marginados intentaban romperla, al no saber tampoco ellos, que ésta algún día iba a desaparecer. La gente, en general, ríe por la inutilidad de sus intentos, y toman los estallidos de las bolas de fuego catapultadas, que chocan contra ella, como perfectos fuegos artificiales para la ocasión. Son las doce en punto, ya es media noche, suenan las campanas de un viejo reloj: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... y a la séptima, la barrera desaparece ipso facto, y una de las bolas ardientes cae entre las muchedumbres, el pánico se apodera de la gente, suenan los cuernos de guerra del Oscuur-Ekerquitum, el Ejército de la Oscuridad, el ruido de los carros y las espadas llenan un ambiente agitado, ensordecedor. Se suceden los gritos y gemidos de la gente que va cayendo cruelmente. Tras unas horas, un silencio desolador es todo lo que queda, y unas veinticinco mil personas entre hombres, mujeres, e incluso niños, cayeron a filo de las espadas a lo largo de una barrera cuya longitud llegó a alcanzar más de cuatrocientos kilómetros y que ya había dejado de existir. Arkadhia de nuevo es una y la guerra ha comenzado...
